

REPORTAJE

Un lugar indiscutible en la ciudad. La Tertulia pronto alcanzaría notoriedad en el diverso mundo de la progresía al tiempo que se convertía en un referente ineludible de la noche granadina

→ Se puede ver en el público de 1980 a Juan de Loxa, Claudio Sánchez Muros y Juan Cruz.



**Wenceslao
Carlos
Lozano**

Extracto de un artículo publicado en el nº 8 de la revista 'El Fingidor' (2000).

El 19 de abril de 1980 abrió sus puertas el bar-librería La Tertulia en la calle Pintor López Mezquita, un local que pronto alcanzaría notoriedad en el diverso mundo de la progresía, y que se convirtió en referencia ineludible de la noche granadina. Desde la izquierda eran años de esperanza, pues se daban las condiciones para un no lejano acceso a distintos espacios del poder, un paso necesario dentro del proceso de la Transición, y que prefiguraba los cambios profundos que habían de suceder en la sociedad española. En La Tertulia nos encontrábamos a diario con un variopinto mundo tocado por la gracia contestataria, que los fines de semana se convertía en una muchedumbre de libertarios e 'izquierdosos' de distinto pelaje y condición, unidos por esa argamasa ideológica de la solidaridad y la esperanza compartidas, y por una vigorosa afición al decir y al beber. El autor del invento y pontífice de aquellos lares fue el argentino Horacio Rébora, Tato para todo el mundo, y por supuesto su compañera, la maravillosa Cele: una pareja entrañable que regaló amistad y cordialidad y convirtió La Tertulia en esa casa común que no habría de cuajar en la práctica política, o sea, en una especie de 'ONU de la izquierda', como la llamara Alejandro Víctor García.

Tato nació en 1948 en Ciudad de Córdoba. Cuando el golpe de Videla fue responsable político de un grupo de iz-

Tato llegó en 1980 con la idea de montar un bar al estilo del book-café que había conocido en Suecia

quierda revolucionaria. Profesor de Matemáticas y Física, tuvo que exiliarse en 1976, y fundó en España, antes de instalarse durante casi tres años en Suecia. En 1980 regresó a sentar plaza en esta ciudad hermosa, abierta y muy enérgica culturalmente. Vino con la idea de montar un bar al estilo del book-café que había conocido en Suecia; un proyecto que parte de una reflexión: al haberse formado en la célula política, y al disgregarse ésta con el cambio de los tiempos, había que recrear un espacio donde la izquierda se pudiera reencontrar. A los diez días de su llegada a Granada, sin prácticamente conocer a nadie, consiguió el local.

Cuando abrió, los anaqueles estaban repletos de libros y revistas, una literatura *ad hoc* adquirida en la librería Urbano. De la venta se encargaba —lo hizo hasta 1985— el poeta y pintor Alfredo Lombardo, uno de los personajes más coherentes e inteligentes de la bohemia granadina. No más de un par de días tardó en recalar por allí Juan Carlos Rodríguez, hoy maestro de maestros, junto con Concha Féliz, J.M. Azpitarte y



QUE 30 AÑOS NO ES NADA



← El público de uno de los días de la conmemoración de los 30 años de La Tertulia.

NAUZET ACOSTA

otros. El flechazo fue mutuo e instantáneo. De hecho, Tato recuerda que fue el mismo Juan Carlos quien descubrió entre los libros puestos en venta, uno agotadísimo con un artículo suyo. Al poco se sumaron Javier Egea, Mariano Maresca, Álvaro Salvador, Antonio Jiménez Millán y el joven Luis García Montero: cosas de la sentimentalidad. Y fueron llegando muchos más, que acabaron dando su peculiar configuración a aquella fiesta de la cultura, el tango y la canción de autor, de la conversación y la seducción, de la alegría de vivir y de amar, que tan mal sentó a la

extrema derecha local. La Tertulia fue varias veces agredida. En una, en 1988, estaba allí el actor Paco Rabal tomando unas copas con unos amigos. Una vez interceptado el agresor, Paco intentó suavizar los ánimos. Cuando el joven energúmeno alzó la mano y vociferó: "¡Viva Hitler, Mussolini y Franco!", éste no pudo contener una hostia suave, ideológica y paternal (Rébora *dixit*). Llegó la policía y aquello terminó en juicio ganado sin reclamación de daños.

Este argentino se apega al tango en Granada, por respeto a la afición y, de ahí, por identificación: "El tango es ap-

to para la diáspora, no como nostalgia, sino como instrumento para penetrar en una ciudad y una cultura nuevas. Algo que también ocurre con el flamenco. Quizá todo esto tuvo que ver con dos palabras: la ciudad y nosotros". La afición tanguera de una serie de poetas y escritores granadinos quedó plasmada en *Granada Tango: libro para bailar con las ciudades y en solidaridad con nosotros mismos*, editado en 1982 por La Tertulia, así como en otros acontecimientos, como los pases de películas de Carlos Gardel, las conferencias de J.C. Rodríguez... Luego vinieron las Jorna-